



## **CUARTO MENGUANTE**

Las hojas bronceadas por el calor del verano se movían al unísono con una delicadeza asombrosa. El aire las acariciaba y de vez en cuando se percibía el balanceo de alguna de ellas que se precipitaba hacia el suelo, en una caída interminable.

Era ya tarde, estaba a punto de caer la noche. Soplaban una cálida brisilla que movía revoltosa y sin ningún pudor los pelillos que se habían escapado de la seguridad de la coleta.

Tomás llevaba un buen rato en el parque y, sin apenas moverse un milímetro, había podido ver cómo las familias se recogían, los ancianos volvían a la residencia y los chiquillos que se habían pasado la tarde corriendo de un lado para otro entre carcajadas regresaban al abrigo de sus casas, dejando atrás el hermoso espectáculo del atardecer, que solo él parecía contemplar.

Las personas que acostumbraban a ir al parque siempre le veían en su banco con pose de esperar a alguien, pero nunca le vieron con nadie.

A su derecha, apoyada en el banco, yacía una guitarra muy bien cuidada a pesar de los años que tenía.

A su otro lado, siempre descansaba una bicicleta blanca, algo oxidada, y si te acercabas al sillín, se podían leer tres letras, LIS.

Cada día, a media noche, cuando reinaba la paz en el pequeño parque, Tomás cobraba vida tras haber permanecido impasible y sin hablar toda la tarde.

Sacaba con suavidad a su más leal compañera, de la cárcel negra que la envolvía y acariciaba sus cuerdas.

Sus ojos negros, penetrantes, se alzaban hacia la luna, que esa noche era cuarto menguante, como la noche en que se conocieron, y su rostro, relajado, esbozó una leve sonrisa, casi imperceptible.

Esa noche, como tantas otras, cantó. Cantó a la luna para que le llevase el mismo mensaje de todas las noches y siempre terminaba su concierto con un susurro, mientras en sus labios se podía leer: *recuerda que te quiero Lis*.

Una gota salada brotó de sus cansados ojos y surcó su arrugado rostro, evocando viejos recuerdos felices, antes de que el Alzheimer se la llevase por delante.

Ahora él tenía que recordar por los dos, y vivir por ella.

Tras unos minutos de silencio, el ulular de un búho interrumpió sus pensamientos, se levantó y, sin mirar atrás, recogió su guitarra y, montándose en la bici, salió despacio del parque dirigiéndose a un lugar que solo él conocía, mientras su coleta de blancas hebras remoloneaba por su espalda.

Nunca más nadie volvió a ver a mi abuelo, pero un día descubrí en su banco del parque las iniciales de un amor que jamás murió.

**Irene Ibáñez. 2ºBHS**